

JULIO 2007

## Guerra civil palestina (Antecedentes, causas, efectos, actores)

Por Carlos Alberto Ozarán

*Miembro del Comité de Asuntos Africanos, de los Países Árabes y Oriente Medio*

### 1. Antecedentes

El Proceso de Paz palestino israelí se inició cuando el entonces Primer Ministro Yitzhak Rabin –que había triunfado en las elecciones del 23 de junio de 1992– siguió la vía negociadora como prolongación de la tendencia esbozada en la Conferencia de Paz de Madrid de 1991, y su concepción respondía a la fórmula “paz por tierra”.

Las negociaciones secretas permitieron alcanzar un acuerdo inicial –Declaración de Principios de Oslo, agosto de 1993– al que siguieron otros complementarios, los que posibilitaron la creación de la Autoridad Nacional Palestina –ANP– la que se consideró el embrión de un futuro Estado Palestino.

El Estado de Israel transfirió responsabilidades de gobierno –totales o parciales– al novel ente político palestino sobre ciertas áreas. La Franja de Gaza y en Cisjordania las importantes ciudades de Belén, Jericó, Ramallah, Hebron Nablus, Tulkarem, Jenin, y Kalkiya, quedaron bajo la jurisdicción de la ANP.

Desde su inicio formal el Proceso de Paz se desarrolló enfrentando factores de perturbación intrínsecos de los cuales citaremos los que se consideran más importantes:

- la diferente actitud de las partes para enfrentar el problema
- la ambigüedad de la Declaración de Principios respecto de la forma en que se tratarían los temas más conflictivos

Del análisis del primer factor surge que los israelíes apreciaron, desde el inicio, que las negociaciones representaban una tabla de salvación para Yasser Arafat, que exiliado en Túnez desde 1982 había perdido contacto directo con su pueblo.

La percepción de la debilidad política y psicológica del oponente palestino llevó a los negociadores israelíes a considerar que podían manejar no sólo los temas de discusión, sino también los “tiempos” del proceso de negociación.

Por el contrario, la OLP, su líder y el “Grupo de Túnez” percibieron que la oportunidad les permitiría ser reconocidos como los auténticos representantes del pueblo palestino e iniciar el proceso de recuperación de su identidad política, social y cultural.

En ese contexto, conscientes de su debilidad inicial los líderes palestinos volcaron todos sus esfuerzos para transformarse de “terroristas” en “autoridades” y al cumplir inicialmente con lo estipulado en el Cronograma de la Declaración de Principios, recibieron la adhesión de la Comunidad Internacional, aún al costo de ser inicialmente criticados por Estados árabes como Siria y Libia.

Simultáneamente, en el frente interno la dirigencia palestina inició una intensa acción política y militar tendiente a neutralizar la capacidad militar de las Organizaciones Islámicas opuestas al Proceso de Paz para hacer efectiva su autoridad –en especial la de Hamas y Jihad Islámica Palestina–.

En relación con el segundo factor de

perturbación señalado –ambigüedad de la Declaración– no puede sorprender, ya que su propia denominación “de Principios” es indicativa de que a partir de cierto entendimiento básico se diseñó un Cronograma que, sobre la base de crear “confianza mutua”, permitiera acercar las posturas respecto de los temas más conflictivos:

- Jerusalén
- el regreso de los refugiados palestinos
- el reparto equitativo de los recursos hídricos
- el establecimiento de un Estado Palestino

Rabin y Arafat fueron realistas y comprendieron acabadamente la mecánica de reacción de los grupos palestinos violentos, evitando ceder a la presión originada por los atentados cometidos por parte de células residuales, que aumentarían sus actos de violencia cada vez que las partes estuvieran próximas a lograr algún tipo de acuerdo, o acercamiento de posiciones importantes.

Durante el mandato de Rabin, el Proceso de Paz se desarrolló, si bien con dificultades, bajo la influencia de dos factores primordiales:

- el fuerte liderazgo del Jefe del Gobierno Israelí y de su contraparte palestina.
- el firme propósito de avanzar, más allá de debilidades ideológicas o políticas y de actos de violencia, en la búsqueda permanente de la creación de la confianza mutua. En ese sentido la relación entre Rabin y Arafat parecía favorecer dicho propósito.

Sin embargo los líderes no previeron la magnitud de la reacción de los grupos violentos contrarios a Oslo.

A Yitzhak Rabin le costó la vida a manos de un extremista judío –el 7 de noviembre de 1995– y Arafat no pudo, no supo o no quiso, una vez que asumió la Presidencia de la ANP y gozó de la popularidad más alta, desarticular definitivamente a Hamas y a Jihad Islámica, pese a que en ese momento disponía de la fuerza necesaria para hacerlo.

Una explicación a esa falta de decisión es que Arafat –aún consciente de que los liderazgos en Medio Oriente se ganan y sostienen por la fuerza –, no quiso ser el verdugo del sector del pueblo palestino que había sostenido la primera Intifada, mientras él se encontraba forzosamente exiliado en Túnez.

Otra explicación es que mantener grupos

violentos anti israelíes forzaría a éstos a implementar los Acuerdos, ante el temor de que si no lo hiciera se reanudarían los atentados.

Una tercera interpretación de los hechos que se tratan fue desarrollada por el Dr Antonio Fernando Landro –ex investigador del CONICET – quien ya en 1994 hizo una comparación entre el liderazgo de Alí al morir su suegro el Profeta Mahoma, y el de Yasser Arafat.

Citando a Arthur Goldschmidt Jr, que expresó que “...o bien Alí llegó tarde al Califato para rescatarlo, o bien el Califato le llegó tarde a Alí antes de que se convirtiera en un líder frustrado”, Landro afirma que llegado Alí al poder después de que por años le fuera negado, una vez que lo asumió ya nada pudo hacer para controlar la situación, y al pactar con su adversario –Muk’awiya– fue acusado de débil y finalmente perdió el poder y la propia vida.

Siguiendo ese razonamiento, la figura de Arafat se habría desgastado por haber pactado con Israel, que para ciertas bases se convirtió en el Muk’awiya de Alí, al punto de considerar que al ser uno de los actores del Proceso de Paz traicionó al pueblo palestino, y al retacearle su apoyo no le proporcionó el resto necesario para maniobrar políticamente

con libertad.

De cualquier manera, lo concreto es que la desaparición de Rabin alteró la ecuación de Oslo y, ya sea por error de cálculo o por falta de fuerza efectiva, los atentados de HAMAS y Jihad Islámica Palestina provocaron –entre otros factores– la derrota de Shimón Peres, el líder cuyo acceso al poder como Primer Ministro hubiera posibilitado la continuidad del Proceso de Paz.

A partir del 29 de Mayo de 1996, Benjamín Netanyahu –líder del Likud, el principal partido de la “derecha”–, fue elegido nuevo Premier y ello marcó un punto de inflexión del Proceso de Paz ya que alteró la fórmula de paz por tierra” reemplazándola por la de “paz por seguridad”. Aunque el nuevo Jefe del Gobierno Israelí no denunció las conversaciones de paz, de hecho las cuestionó y desaceleró, tomando decisiones que instalaron el principal obstáculo que Rabin y Arafat querían evitar: “*la desconfianza*”.

Ante esa evidencia las OT intensificaron sus atentados, y HAMAS y Jihad Islámica Palestina reivindicaron la mayoría de ellos.

La mecánica de reacción israelí consistió en que después de cada atentado se cerraran Gaza y Cisjordania, impidiéndose de esta manera la concurrencia de palestinos a sus lugares de trabajo en Israel, y se negociaran cupos de

reingreso con mayores medidas de control de los postulantes.

En consecuencia el período de Netanyahu se caracterizó por una manifestación cíclica de violencia, cierres temporarios de los Territorios, negociaciones conjuntas de seguridad, establecimiento de nuevos asentamientos en zonas reclamadas por la ANP y la carencia de avances concretos en el Proceso de Paz, aunque se haya logrado la transferencia de la mayor parte de Hebrón, y la transferencia de nuevas áreas de Cisjordania a la ANP.

En el seno del propio espectro político israelí se instaló un debate entre quienes pretendían reactivarlo, y quienes eran partidarios de congelarlo o aún cancelarlo en forma definitiva.

En el primer criterio se enrolaron el Presidente Ezer Weizman y el Canciller David Levy, quienes sostenían la necesidad de proporcionar a Arafat los medios para que controlara a los grupos violentos como condición básica para que se restableciera la “confianza mutua”.

El segundo criterio –encabezado por Netanyahu– prefería negar todo tipo de concesiones, y retrasar el cumplimiento del Cronograma del Proceso de Paz. La política

oficial israelí buscó desacreditar y debilitar el liderazgo de Arafat y comenzó a responsabilizarlo por “tolerar”, “fomentar” y aún “organizar” atentados terroristas antiisraelíes, con el fin de justificar la detención completa del Proceso de Paz.

La situación llevó a que los Grupos opuestos al Proceso de Paz llegaran a la conclusión que Israel no tenía intenciones de cumplir con los términos de Oslo, y continuaran con su campaña de terrorismo.

La situación descrita significó un serio desgaste político para Netanyahu, quien finalmente debió llamar a elecciones anticipadas. En mayo de 1999, los comicios consagraron como Primer Ministro al General Ehud Barak, el líder del Laborismo –el principal partido de la “izquierda”–.

Aunque oficialmente la gestión de Barak siguió la fórmula de “paz por tierra”, sus compromisos políticos para mantener la mayoría parlamentaria lo llevaron a ceder a las demandas de quienes se oponían a hacer concesiones a la ANP. Vale destacar que, pese a haber logrado una holgada mayoría en las elecciones, al no haberse modificado la composición del Parlamento la Coalición de Gobierno debió incluir a los Partidos Religiosos, quienes se alineaban con los opositores al Proceso de Paz.

Pese a ello, se continuó negociando aspectos conjuntos de seguridad y concretando la transferencia de áreas cisjordanas a la jurisdicción de la ANP.

La continuidad de los atentados, la precipitada retirada del sur de Líbano –el 24 de mayo de 2000– y el fracaso de las negociaciones de Camp David – del 11 al 25 de julio– fueron marcando el deterioro de Barak, pero el estallido de violencia iniciado el 28 de Septiembre –conocido como Intifada de las Mezquitas– marcó el principio del fin del militar más condecorado de las Fuerzas Armadas de Israel.

El 9 de diciembre Barak renunció a su cargo y llamó a elecciones anticipadas para el cargo de Primer Ministro y el 6 de febrero de 2001 Ariel Sharon fue consagrado nuevo Jefe del Gobierno.

La plataforma política de Sharon –el último de los “halcones” históricos– se basó en la necesidad de restaurar la seguridad interna, supeditar la reanudación de las negociaciones a cese total de la violencia anti israelí, y mantener el control sobre áreas consideradas estratégicas a lo largo de la frontera con Jordania.

## 2. Los hechos conducentes

El Estado de Israel, hasta la asunción de Ariel Sharon al cargo de Primer Ministro, reaccionaba ante los atentados de origen palestino con el cierre temporario de los Territorios –Gaza y Cisjordania– y la ejecución limitada de Operaciones de Seguridad y de Operaciones Especiales de Inteligencia –entre ellas el “asesinato selectivo” de activistas palestinos–, pero una vez “normalizada” la situación comenzaba a evolucionar hacia un nuevo atentado.

Sharon cambió la estrategia israelí y optó por una política de represalias ante cada atentado anti israelí, con el empleo masivo del poder militar terrestre y aéreo sobre blancos relacionados con la estructura administrativa y de seguridad de la ANP.

Esta Estrategia Antiterrorista culminó con el aislamiento de Yasser Arafat en la Gobernación de Ramallah por varios meses, con ataques a los campos de refugiados palestinos, en los que se presumía que se preparaban los atentados y de donde salían los suicidas, y finalmente con la virtual reocupación de las principales ciudades de Cisjordania que habían sido colocadas bajo la administración de la ANP, imponiéndoles el toque de queda, el rastillaje en busca de

terroristas, las detenciones masivas y la demolición de las viviendas de los suicidas y de sus familias.

Como resultado de la estrategia diseñada por Sharon, el Gobierno Palestino dejó prácticamente de existir y su aparato militar quedó destruido casi por completo, pero la pretensión de forzar un nuevo exilio para favorecer un liderazgo alternativo fracasó por completo.

Cuando se produjo el fallecimiento de Yasser Arafat, su antiguo Primer Ministro Mahmoud Abbas asumió como Presidente de la ANP, y para cubrir el cargo de Premier llamó a elecciones.

En enero de 2006 se produjo el triunfo electoral de Hamas, valorizado frente al pueblo palestino por el manejo transparente de los dineros públicos, lo que significó el fin de la supremacía histórica de Fatah –la facción de Yasser Arafat–, que por el contrario dejó una imagen de corrupción y despilfarro.

Como resultado de la situación descripta, Mahmoud Abbas vio así recortado su ya escaso poder inicial.

La Presidencia en manos de un miembro de Fatah, y el cargo de Primer Ministro asumido por uno de Hamas dio como resultado un

Gobierno de Unidad Nacional, que en la práctica era sólo de carácter declarativo, ya que si bien Abbas quedaba a cargo de las Fuerzas Armadas éstas, en la práctica, eran una fuerza inexistente, mientras que Ismaail Haniyeh –el Premier– disponía de las armas de Hamas y de los recursos financieros.

También a principios de enero del 2006 se produce otro golpe de escena en el siempre trágico Teatro de Medio Oriente; Ariel Sharon, el último de los halcones históricos de Israel, que había tomado la decisión del retiro unilateral de Gaza, desapareció de la política aquejado de una dolencia irreversible.

Su sucesor y heredero político, Ehud Olmert, asumió como Primer Ministro de Israel al resultar vencedor en las elecciones del 28 de marzo, pero nada volvió a ser como antes ya que ni Olmert es Sharon, ni Abbas es Arafat, y tanto Olmert como Abbas serán líderes débiles cuyo poder estará siempre en peligro, aunque difieran los tipos de amenazas que enfrentan uno y otro.

Frente al triunfo de Hamas, el Gobierno Israelí endureció su política anti palestina, encarceló parlamentarios, bloqueó fondos y condujo operaciones militares, de seguridad y de inteligencia.

Fatah, a través del Presidente Abbas, trató de mantener canales de diálogo con Israel, mientras

Hamas se concentraba en obtener el poder total del ámbito palestino, sin hacer ninguna concesión a Israel, y mucho menos reconocer formalmente su existencia en una suerte de compensación, no declarada, por la reticencia israelí en reconocer el Estado Palestino.

Los choques ideológicos entre Fatah y Hamas pronto dieron paso a los enfrentamientos armados tanto en Gaza como en Cisjordania.

A fines de 2006, consciente de su debilidad política Abbas destituyó a Haniyeh y convocó a elecciones anticipadas, y para reforzar su exigua capacidad militar ordenó la constitución de una Fuerza de Seguridad con grupos armados provenientes de Fatah.

La reacción de Hamas fue creciendo en violencia hasta que a mediados de junio del corriente año tomó por asalto todas las oficinas públicas, oficiales y de seguridad de la ANP, así como las residencias particulares de las autoridades, borrando a Fatah del control de Gaza.

En Cisjordania aconteció lo contrario, quedando así consagrada la fractura de la ANP, con el dominio de Hamas en Gaza y de Fatah en la Ribera Occidental.

La reacción israelí consistió en la liberación de fondos con destino al Presidente Abbas, instalado en Ramallah, que se encontraban

retenidos desde el triunfo electoral de Hamas, en el bloqueo de Gaza, y en ataques aéreos a instalaciones militares del nuevo régimen islamista.

### 3. Conclusiones

La Guerra Civil Palestina era inevitable si se tiene en cuenta que desde el inicio del Proceso de Paz los actores involucrados, y más precisamente desde el asesinato del entonces Premier israelí Yitzhak Rabin, nada hicieron en favor del pueblo palestino, ni aceptaron respetar formas aceptables de convivencia.

Yasser Arafat, el líder histórico de Fatah, acumuló un poder político y militar que dilapidó, y un poder económico que manejó discrecionalmente en provecho propio y de la clase dirigente de su entorno, sin que el gobierno que ejercía originara una mínima mejora en las paupérrimas condiciones de vida de su pueblo, mientras Gaza, siguió siendo una gigantesca villa miseria con índices de desocupación casi totales.

La situación descripta tuvo como consecuencia que la Franja se convirtiera en el mejor caldo de cultivo para la violencia, la intolerancia y el terrorismo.

Hamas, aunque pueda ser calificado por

Occidente e Israel como un régimen retrógrado, puede exhibir, aún antes de los Acuerdos de Oslo, un manejo transparente de los fondos públicos, volcados principalmente en educación y salud, sin que nadie haya podido acusar a sus dirigentes de corruptos, tal como ocurre con los de Hezbollah en Líbano.

Pese a ello la ideología islamista ha guiado los actos de sus líderes, cuyo centro de gravedad ha sido el continuo rechazo al Proceso de Paz, y la ejecución de actos de violencia anti israelí, sin ni siquiera considerar la posibilidad de una paz similar a la de Egipto y Jordania.

Egipto y Jordania, que no ocultaron su apoyo a Mahmoud Abbas, llamaron a la convivencia de las dos fracciones palestinas, aunque en el caso de Egipto le cabe la responsabilidad de haber permitido el paso de armas a través de su frontera con Gaza, muchas de las cuales tenían como destino el aparato militar de Hamas.

Siria, que se ha mantenido en un segundo plano, no habría podido ignorar los planes islamistas de atacar Gaza, habida cuenta que los principales líderes de Hamas encontraron refugio en Damasco, como antes lo hicieran los de Fatah.

Irán ha comenzado a ser mencionado como el

ejecutor del apoyo militar y financiero de Hamas, y ello puede ser verosímil si se tiene en cuenta sus propias declaraciones, su relación con Hezbollah en Líbano, y su política anti estadounidense y anti israelí.

Israel, por su parte, ha desarrollado violentas políticas de represión anti palestinas que se han agotado en la mera represalia, contribuyendo a mantener la miseria de Gaza y en alimentar la producción de violencia, basada en los sentimientos de frustración y encono el pueblo palestino.

Quien piense, como ha titulado algún comentario periodístico que pretende ser original, que “Israel sonríe, mientras que los palestinos se despedazan”, que el Estado Judío debería haber pensado que era mejor tratar seriamente con Yasser Arafat antes que con Khaled Meshal; pero ahora es tarde porque Yasser Arafat ha muerto y Fatah ya ha sido despedazado, y además la sombra de un régimen islamista se proyecta sobre Tel Aviv.

Creemos que Israel no podrá superar la tentación de reocupar Gaza, aunque si obrara con sentido estratégico podría alentar y apoyar alguna intervención de la Liga Árabe, o rearmar a Fatah para que dé la postergada batalla, que es como históricamente se conquista el poder en el Mundo Árabe.

Estados Unidos, la Superpotencia hegemónica carga con la responsabilidad de su poderío, pero también de sus actos ya que pese a que el actual Presidente Bush al asumir su cargo declaró que no se comprometería en el Proceso de Paz palestino-israelí como su antecesor, gradualmente se fue involucrando y después del 11 de septiembre de 2001 alineó a Israel en su cruzada anti terrorista.

Al hacerlo, su posición de mediador se debilitó y para el Mundo Árabe quedó descalificado como interlocutor neutral.

Todo el cuadro de situación merece, a nuestro juicio un último comentario: *Medio Oriente es un sistema de vasos comunicantes de violencia al cual ningún actor ha decidido cortarle el flujo que lo alimenta, en algunos casos por desinterés y en otros por interés.*

Para citar este artículo:

Ozarán, Carlos Alberto (2007), “Guerra civil palestina (antecedentes, causas, efectos, actores)” [disponible en línea desde julio 2007], Serie de Artículos y Testimonios, N° 38. Consejo Argentino para las Relaciones Internacionales. Dirección URL: <http://www.cari.org.ar/pdf/at38.pdf>

